

MUJERES

Enrique González Rojo Arthur

2012

CAROLINA

**“La línea más corta
para ser un símbolo sexual
es la curva”**

**-coquetea Carolina con su espejo,
al tiempo que se revisa a sí misma
con el ojo del avaro
que hojea las miradas
que llevan la exacta cuenta
de su fortuna.**

**El espejo,
respaldado por el azogue y la experiencia,
qué sabe de mentiras,
y la fémina, encantada con él,
se pone a escudriñar
-sin opiniones adversas
que empañen su avidez-
los primores
que, acunados en sus genes,
florecieron en su anatomía
desde sus quince abril
y recubrieron sus huesos
con redondeces y redondeces
de carne, conformadas
no sé si por la corrupción**

**de la geometría
o su apoteosis.**

**Con la seguridad que le da
el visto bueno de sus pupilas
y el rabillo del ojo
de las amigas envidiosas,
decide participar en el concurso
de belleza de este año
y obtener, como es previsible,
el primer lugar,
ahí donde la gloria
y su pasaporte de nubes
pone el cielo a la mano.**

**En fila india hacia la muerte,
pasan los trabajos y los días.
El tiempo cambia la piel
del entusiasmo,
convierte en ancianos los jaguares,
remodela las piedras,
pudre el canto de los pájaros,
convierte en polvo
toda pretensión marmórea
y siembra en multitud de sienes
la primera cosecha, blanquecina,
de tedio y de cansancio enmarañados.**

**Caro, imperceptiblemente,
empieza a engordar,
a echar carnes y maldiciones,
a sentirse como la estatua
consciente del malhadado proceso
de su desmoronamiento.**

**Empieza a engordar
y la gordura atropella líneas,
destruye a trompicones la belleza,
yergue desfiguros
y disloca las formas
a manotazo limpio.**

**Su carne poco a poco se le va transformando
en el más insidioso instrumento de tortura
y no sabe qué hacer con su mente
acostumbrada
a contemplar sus líneas corporales
como lo hace la flor (envenenada
por el perfume del tiempo)
con lo inmarcesible.**

**Ahora llega fatigada y deprimida
a su casa.**

**Se limpia con el pañuelo
los sucios besos de la calle.**

**Abre en el cirio
un chisporroteo de luciérnagas**

**y tiene que taparse los oídos
ante los gritos insultantes,
impíos e inhumanos,
del espejo.**

**Busca entonces en los últimos cajones
de sus desesperación,
su vieja y adorada corona.
Y tras la larga búsqueda,
lo que sostiene en las manos
-con un jubón de telarañas
ocultando el pasado-
es un trozo de metal desteñado,
malconformado,
chueco,
más corona de espinas
que de reina.**

DOÑA MAGDA

En su casa,
llena de crucifijos,
veladoras,
santos,
y hasta algún silicio
agazapado en la discreción,
no había lugar,
ni en el último de los rincones,
para que tendiera su *sleeping*
el demonio.

Era una casa que siempre había vivido
en olor de santidad.
Y en la cual la divina providencia
-lo juraba
la dueña-
se había tomado el trabajo
de regar agua bendita,

El diablo sabía de memoria el nombre de la calle,
la colonia y el número de la casona
de Doña Magda,
pero, por más que se devanaba los cuernos,
no atinaba cómo apersonarse en ella.

**Si Lucifer no podía adentrarse en los dominios
de la santa señora,
mucho menos le era dable
acceder a su cuerpo:
la protegía una muralla china
hecha con argamasa de oraciones
y el infalible escudo de la cruz
de su derecha mano
(formada a toda prisa
ante el menor bullicio
de malos pensamientos),
la cual, piloteada por su castidad,
iba a todos los escondrijos de su anatomía
para alejar de sí
la tentación,
porque la Doña era incapaz
de ponerle los cuernos
a su propia virtud.**

**Lo malo sobrevino cuando se cayó
de la cama, se golpeó la cabeza,
y perdió el sentido (el tiempo suficiente
para que le cambiaran el mundo)
y Doña Magda, al abrir los ojos,
cayó en cuenta
de que había perdido su interés
por los crucifijos,
veladoras,**

**santos,
silicios
y, lo más importante,
ya no le interesó hallarse amurallada
por la cruz de su mano
y las perfumaredas del incienso.**

**El golpe en el cráneo
-como si la cabeza, al caer,
fuera su propia guillotina-
produjo dos imprevistos resultados:
perdió la razón
y perdió la fe.
Pero perder la fe,
aunque sea por el hachazo
de la sinrazón,
es recuperar de algún modo la cordura:
la demencia –me sospecho-
es muchas veces un atajo
hacia la sensatez.**

**Hubo además otra consecuencia
que no hay que dejar
en la página en blanco del tintero:
una semana después del aciago día,
Doña Magda dejó las puertas
del jardín,
de la casa**

**y de su alcoba abiertas;
clausuró las preces de su boca,
deshizo la cruz formada por sus dedos
y se acostó en su cama,
temblando de emoción,
a la espera del *íncubo*
de las doce de la noche.**

ELBA INÉS, SEXOSERVIDORA

**Cuando va, acompañada, al hotel,
Elba Inés deja sus sentimientos
en casa,
cerca de los kleenex,
codeándose con la veladora
o debajo de la almohada.**

**Diríase que ha logrado
finalmente el divorcio
de su cuerpo y su alma
y que ahora es la apasionada amante
de la suma de dinero
regateada con la excitación
del cliente.**

**Elba Inés tiene que ser una actriz
de muchas tablas o camas
y durante dos que tres horas
ha de fingir ternura,
excitación,
orgasmo.**

**El mayor peligro de la sexoservidora
es involucrarse con el placer,
devenir puta**

**y envejecer en menos que canta
el tiempo.**

**Esquizofrénica, vive
cuerpo y alma distanciados,
que ya no se hablan,
que se meten mutuamente zancadillas,
que sostienen entre ellos
una infamante guerra sucia.**

**La mujer, al llegar a cierta edad,
cuando siente que sus encantos se le despellejan,
que la fuerza se le arrincona en los cansancios,
que las miradas masculinas
parpadean su indiferencia
y el trueque de caricias por monedas
enflaquece hasta la inopia,
siente que tiene tres caminos a seguir:
a)ser el grotesco guiñapo humano
para ese patético género de varones
a quienes podemos llamar
parias concupiscentes,
machos tardíos
o don juanes en harapos,
b)retirarse de su vieja profesión
para administrar su miseria
e ir a la iglesia todos los días
cargando su camándula de pecados**

y c) suicidarse.

**Los dos primeros caminos
desaparecieron de su mente
barridos, ay, por la polvareda
de lo indeseable.**

LA ABUELA

En toda familia
-aun en las más prestigiadas,
olorosas a incienso
y crujir de sotanas-
hay un secreto.

Algo que sólo saben,
hasta donde es necesario,
los mayores, las escaleras
y los espejos.

Secreto que es administrado por la abuela.

Ella es la que conoce toda la historia,
de la A a la Z pasando por la P.

Ella es la que monopoliza
toda la ropa sucia que ha de lavarse en casa
y la que, cuando es el cumpleaños
de alguno de nosotros, si es su voluntad,
nos brinda un buen trozo del secreto familiar
como regalo.

¿La abuela tuvo algo que ver en esa historia?

¿Es el personaje principal,
la *prima donna*,
de ese secreto?

¿O hay otros personajes
en la niebla londinense

del misterio?

No lo sé.

Ella insinuó algo,

**pero sus palabras se arremolinaron
en una conjetura**

**que se inclinaba más a lo dubitativo
que a lo innegable.**

**Lo ocurrido en verdad se oculta a los ojos del
mundo**

**para proteger el buen nombre,
la fama,**

la salud y lozanía

de nuestro árbol genealógico:

en el monedero familiar

-tintineaba la abuela-

no hay lugar para monedas falsas.

Pero el secreto de familia

no sólo toma en cuenta el *afuera*,

no sólo nos empuja a poner cortinas

en todas las ventanas de la casa,

y a mordernos la lengua

ante cualquier pregunta insidiosa

que provenga del mundo,

sino que también es intramuros,

hacia el interior.

Lo sucedido en el pasado

es entonces sólo un rumor,

un secreteo callado a voces,

**algo que despierta nuestra curiosidad,
nos llena de inquietud
y nos lleva a confabularnos contra la abuela.**

Ni modo.

**Cuando algún tío o sobrino, hija o nieta,
sabe demasiado
(y ella siente el peligro de que,
vía la indagación y el espionaje,
se haga de una idea más o menos aproximada
de lo realmente ocurrido)
la abuela mota de falsaria la versión,
enreda deliberadamente las cosas,
pinta de negro los párpados
de sus descendientes
y protege a la familia
de las tarascadas entrometidas
del sol.**

UNA DE TANTAS

Subió los escalones del edificio.

**Y al llegar a la última ventana
subió las piernas, cerró los ojos
y se arrojó.**

**Nadie sabe el infinito número
de pensamientos que pasó por su cerebro
en los segundos que transcurrió ese salto
del ser a la nada.**

**Ningún milagro fue capaz de detener
la inexorable ley de gravedad.**

**En el charco se sangre
que rodeaba su cuerpo
flotaban aún las silenciosas peticiones de socorro
que no lograron salir de su garganta.**

Se llamaba Soledad, dijo el policía.

LA SEÑORA CARMELA Y SU VIUDA EZ

**Viuda,
vieja,
sola y lo que le queda de alma,
nostálgica de tiempo completo,
con el pecho estrujado entre cuatro paredes
y la belleza arrumbada en los sótanos
de lo ido,
la señora Carmela
no tiene más que tres modos de consolarse
o remojar su corazón en el agua de rosas de la
serenidad:
su gato,
su vodka en las rocas
y su teléfono.**

**Pese a la inquietud del minino
que, ante los cambiantes espejismos de leche
que dejan en la alfombra
los charcos de luz,
quiere ir de un lado a otro,
la señora acaricia y acaricia
la motorizada entraña del felino
empecinada en amasar
un retazo de dicha
con sus manos**

**arrugadas por el mismo viento
que deshoja el calendario.**

**Por la mañana no bebe;
arregla su cuarto,
sus cabellos,
su memoria
y lucha por sacar a cubetazos de su casa
la amargura.**

**Pero en la tarde,
a la hora en que el teléfono
se empeña en no existir,
en morderse la lengua
o, lo que es peor,
en dar a luz,
tras gritos de atención
prometedores,
una llamada equivocada,
la señora abre la botella,
bebe a sorbos su propio delirio,
inmoviliza en sus piernas al gato,
levanta el audífono,
marca un número
y empieza a llamar a diestra y siniestra
a sus amistades.**

**Es entonces, ay, un peligro,
una amenaza pública.**

**Si contestamos a su llamada,
nos pasa abruptamente,
a través de la línea telefónica,
y durante una eternidad indestructible,
el hambriento maullido de su gato,
el tintineo enloquecido de su vodka
y la pobre viudez
de su cama vacía.**

UNA MARÍA

**Una mujer indígena,
con niño de brazos,
un seno a medio descubrir
a la espera de que el bebé
salte del sueño
a la realidad del hambre.**

**La falda, todo colores,
extendida como un mantel
sobre el pavimento
y plagada de mercaderías.
Su idioma, el otomí.
Del español no conoce
sino las palabras indispensables
-el toma y daca de la respiración
mercantil-
para vender sus productos:
pepitas, cacahuates, pistaches, chicles,
garbanzos enchilados y otras golosinas
que hacen del paladar
la cúpula de un placer
muy mexicano.**

**El automóvil pasa a toda velocidad
y hace que un charco de mugre y pestilencia**

**se convierta en una ola invasiva
que baña a la mujer, al niño,
a la falda y a las mercancías.**

**Esto fue advertido sólo por Dios
-dícese-**

y por el que esto escribe.

**Yo corrí a denunciar este hecho
en estas versos encabronados,
a sabiendas de que en nada
ayudarían a la mujer.**

**Dios, como siempre,
crucificó su participación
en un santo cruzamiento
de brazos.**

BETY, MUJER CRÍTICA

**“La mejor atalaya
para descubrir, describir y combatir
el machismo
-el franco, el encubierto,
el espontáneo,
el travesti-
es una mujer consciente
y con los pies muy bien puestos
en su feminidad”,
le dice Bety
a su esposo.**

**“El macho burdo, dominante,
con un látigo de pocos amigos
por mirada,
con el imperativo como forma verbal
gozosamente saboreada,
con la arbitrariedad como norma de conducta,
y “dueño y señor” de los ires y venires de su mujer,
ha empezado a desaparecer o a maquillarse”.**

**Bety ve intencionadamente a su marido:
“En su lugar aparece el condescendiente,
el “igualitario”
y hasta el que se dice o se cree feminista;**

**pero que no puede abandonar
sus prejuicios,
sus costumbres,
la leche autoritaria
mamada de su madre”.**

**“La mujer crítica
no debe caer en la trampa de la credulidad,
bajar la guardia,
cargar en sus párpados
la venda que confunde
identidades”.**

**Pronto, cuando accedieron
a los cinco años de matrimonio,
los dos, de buen talante,
decidieron echar la casa,
las ilusiones,
las fantasías
por la ventana;
la gran celebración
se hizo con decenas de invitados,
y un mariachi que volvió a interpretar
la marcha nupcial
-aunque fuera de tiempo
y desafinada.
El momento culminante de la fiesta
vino cuando, regocijadamente,**

**ambos convinieron en darse
como regalo de bodas
el divorcio.**

EL JUSTO MEDIO

**Era enemiga de los extremos.
La moderación es la almohada
donde con mayor placer
pongo la sien -decía.
(Nadie se tomó el cuidado de explicarle
que este patrón de vida
-donde el tronco es inmolado por sus extremidades-
era el principio ético fundamental
de Aristóteles,
aunque interpretado en su muy propia
y personal manera).**

**Ante el agua fría y la caliente,
prefiero la tibia -declaraba gozosa:
los ángeles se bañan en agua tibia,
las lágrimas no son heladas
ni se deslizan por el rostro
quemándonos la carne.**

**En el noviazgo,
-se le oía decir-
creo que es igualmente negativo
rehuirse por completo
que entregarse enteramente:
nada mejor que conservar la virginidad**

**-el “se prohíbe la entrada”
dicho por las manos escudo-
sin dejar de tomarse y consentir
algunas libertades.**

En el matrimonio

-murmuraba-

hay que serle infiel al marido

sólo en el pensamiento

porque no somos en verdad capaces de engañarlo

pero no podemos vivir sin la ilusión

de hacerlo.

En religión,

yo no quiero tener nada que ver

-discurría-

ni con los permanentemente persignados

(con los que creen tener el privilegio

de hablarle de tú a la perfección)

ni con los ateos

**(que se imaginan que en una tormenta espiritual
el cielo se nos vino abajo).**

En política

-argüía-

siento una repugnancia

distribuida equitativamente

entre la izquierda y la derecha.

**Si vemos en conjunto
esta vida basada en el propósito
de hallar el punto medio en que se esfumen
las “exageraciones”,
advertimos
poco a poco
que nos va delineando
el retrato de la típica
mujer de clase media
mexicana.**

NIÑA

La niña vivía a la sombra de sus padres.
Ellos le regalaban todos los diminutivos del mundo
para tenerla contenta:
angelita, palomita, chiquitita
y ella se sentía muy amada,
aunque cada vez más pequeña y confundida
como si fuera una especie
de lagrimita de dulce.

La madre no la quería perezosa.
Ve al espejo –le decía-
y verás lo fea que te ves
por no hacer nada.
Ella entonces arreglaba el lecho de los hermanos,
lavaba los platos y cubiertos,
sacudía los muebles
y masacraba el polvo.

La niña se sentía feliz
y complacida con el buen comportamiento
de sus manos,
aunque siempre tuviera que realizar
el deseo de los otros
y en su espíritu no se incubara
ni el puñadito de pólvora indispensable

**para fraguar alguna suerte
de rebelión.**

**Un día, en medio del juego,
la niña se detuvo abruptamente,
divisó sus dedos,
espió sus faenas,
los siguió en el trabajo, el descanso
y el juego.**

**Y cayó en cuenta de que,
al jugar con su muñeca,
ella era el dios,
el destino,
la ley de su criatura.**

**Se vio acariciándola,
vistiéndola y desnudándola,
obligándola a caminar,
correr,
bailar**

**ir en busca del sol
o de los calcetines.**

**De pronto, se detuvo,
miró que su juguete,
carente de autonomía,
personalidad
y vida propia,
no ofrecía jamás la menor resistencia.**

**Todo fue claro entonces, su cabeza
se despejó de nubes:
sus padres hacían con su persona
lo que ella hacía con su muñeca.
Y la chiquilla,
sin pensarlo dos veces,
arrojó para siempre a la basura
dos muñecas.**

CAMARADA

Finalmente la agarraron.

**En el calabozo
se puso a arrastrar con indecible esfuerzo
el instinto de conservación
hacia el calvario del *ni modo*.
Sabía que a si los hombres los torturan,
a las mujeres las violan,
y la violación era para ella,
como para las demás,
quizás la peor de las torturas:
apuñalamiento sádico,
rapazmente cobarde.**

**Lo sabía y esperaba
-con sus entrañas convertidas
en furiosas entrañas de pantera-
al torturador o los torturadores
que querían sacar de su vagina
el nombre de un hermano,
la dirección de una furia,
el mecanismo inexpugnable de un secreto.**

No había manera de defenderse.

No la había.

**Y entonces ella se dijo:
me obligarán a abrir las piernas,**

pero no la boca.
Haré de toda mí una caja fuerte
de silencio.

Por fortuna
en la negrura se inmiscuyeron
algunos grises
y un carcelero le puso a su alcance
una tableta de cianuro.
Ella pidió un vaso de agua,
bebió la asfixia
y se fugó de la cárcel.

Dejó su cuerpo inane en la prisión
como una bella e impenetrable forma
de la nada.
Pero ahora su nombre,
su ejemplo,
su no dar ni brazo, ni cuerpo
ni lengua a torcer,
se incorpora de nuevo a su comité de base,
reinicia su militancia
y ya no existe prisión o tortura
que pueda detenerla.

Cierto que ya no hay *nadie* en su cuerpo
que lo conduzca a luchar
contra las huestes del asco,

**que dirija sus pies hasta dar
con el eslabón más débil
de lo improbable
y que enseñe a su lengua
a conjugar su saliva
en perfecto futuro.
Ya no hay nadie.**

**Pero sus ojos están en nuestros ojos,
su boca en nuestro grito,
su heroísmo ejemplar
en el puño palpitante
que cargamos desde entonces
pecho adentro.**

LUZ, UNA SIRVIENTA

**Luz no se podía sentar a la mesa
con los señores
(adinerados, decentes
y con brochazos de pintura blanca
en la epidermis)
porque era la sirvienta.
Ella era pueblo,
mestiza o indígena
y todos los de la casa
-sobre todo la señora-
se arrogaban el derecho de mandarla
-las órdenes,
a media voz o en alaridos,
venían del piso de arriba,
de la rendija del baño,
de la sala
o de la cocina-
y ella tenía que obedecer
con la ligereza de un tronar de dedos
o como lo hace el caballo
con los gritos estridentes del fute
o las voces en cortito
de las espuelas.**

**Apenas sabía leer y escribir.
Eran tantas sus faltas de ortografía,**

que los patrones se burlaban
de esa mala educación
que llegaba hasta su lápiz.
Pero ella, por las noches,
se desvelaba examinando
cuándo la *h* muda es el convidado de piedra
de un vocablo
o cuidando que los puntos y comas
estuvieran en su lugar
y no cayeran de su mano
a la buena de Dios.

Luz ganaba una miseria
(un tintineo más raquítico
que el aguacero abortado
por nubes arrepentidas)
y trabajaba de sol a sol
soñando toda la semana
en el domingo.

Si no viviéramos en la patria del eufemismo,
el ocultamiento y la mentira,
diríamos que Luz era una esclava.

La señora
no perdía ocasión para humillarla
y ofenderla,
y no le dejaba ni un momento
para permitir que sus pulmones

**respiraran el oxígeno
de la primera persona.**

**Pero lo peor eran los patrones:
el joven y el viejo.**

**El joven la molestaba con los ojos,
las palabras, las manos
y las aceitosas insinuaciones.**

**Mas ella se defendía
con la amenaza de decirle a la madre
lo que su hijito del alma
se traía entre manos.**

**El peligro se hallaba en otra parte:
en el cabrón del esposo que,
aprovechando su descuido
-no poner llave y tranca
a sus intimidades-
se metió en su cuarto,
descobijó su pudor,
amordazó su grito
y actuó como si entre los derechos humanos
estuviera el derecho de pernada.**

**La señora, que no tardó en descubrir
los ocultamientos del marido,
como era de preverse,
le echó la culpa a Luz**

y la puso de patitas en el hambre.

**Ella consiguió, con no sé qué primo,
una pistola cargada
con el número exacto de ataúdes
en que se hallaba dividido su odio.**

Y ultimó a todos los habitantes de la casa.

**Ahora, en la cárcel
-sentenciada a cadena perpetua-
promete escribir su vida
y contar, con pelos y señales,
sin dejar en el tintero,
chapoteando,
nada importante,
aunque -ni modo- se le escapen
dos que tres
faltas de ortografía.**

LA METAMORFOSIS DE SOLEDAD RUIZ

**Soledad Ruiz,
haciendo honor a su nombre,
al llegar a los sesenta años
y lucir una nube deshilachada
por cabello,
entró con paso firme y corazón titubeante,
a los pródromos de la soledad.**

**Había perdido a sus hijos, esposo,
progenitores y dos o tres amantes
que le habían hecho creer
que no se hallaba sola,
con la minuciosa lujuria
amasada en su carne complaciente
y el reguero de orgasmos engullidos
por la tierra movediza de la cama.**

**Pero ahora su situación y el apelativo
se compaginaban de modo tal,
que la mujer buscaba,
rompiéndose la frente en un eterno
estado depresivo,
cómo enmendarle la plana
al acta de nacimiento
y prescindir del húmedo lengüetazo**

de la pila bautismal.

**Alguna parte del cerebro
le aconsejó a su conciencia
que se olvidara de los hombres,
que se descubijara de ese deseo,
que arrojara su frivolidad al pozo,
y volviera los ojos
los brazos,
y la entrepierna
hacia otro lado.**

**Y Soledad Ruiz pasó
a “confidenciarle sus caderas”
a su amiga del alma
Amada López.**

**Soledad y Amada
viven ahora en un suburbio del entusiasmo,
a media cuadra de la dicha,
y están pensando en trasladarse
desde la ciudad provinciana en la que viven
al Distrito Federal
para contraer matrimonio
y dar pie al más rotundo y definitivo
happy end con que termina
este poema.**

CELOTIPIA

**En no pocas ocasiones, Valentina
espera que su marido
duerma profundamente
(y los ronquidos se sucedan unos a otros
con la misma regularidad
con que saltan las ovejas del insomnio
sus obstáculos)
para ir de puntitas
por un piso minado de rechinidos,
sacar el pañuelo de su cónyuge
de los bolsillos,
y revisar si en él aparecen
los rojos y perfumados indicios
de la infidelidad.**

**Si nada encuentra
-y nunca encuentra nada-
estudia,
ciñéndose la lupa de la máxima atención
en la mirada,
las puntas del cuello de la camisa
donde la pintura labial que ungen los besos
se resiste a desmancharse
como el pecado que se mofa
del arrepentimiento.**

**Velentina se ha dado a sí misma
un trabajo especial: la de espía,
investigadora,
detective de lo que ocurre
a sus espaldas.
Eso la lleva a leer la correspondencia de su
cónyuge,
a imaginarse sorprendiéndolo entre líneas
con las manos en la masa,
a oír por la extensión telefónica
las conversaciones personales
de su amado pero vigiladísimo esposo
con la esperanza masoquista
de descubrir el lado escabroso
de una confidencia
o a preguntar a Dios padre
y a todo el vecindario
en qué rincón perfumado de la urbe
se esconde a veces su marido.
Y es que está obsesionada por los posibles,
probables
seguros,
malos pasos de su hombre.
La idea de que la lengua de su esposo
se vuelva catadora de otras salivas,
la enerva.
El “hacer cerebro”
por lo que tal vez se hallaban realizando**

**sus hormonas
cuando llega tarde a casa,
le prende fuego
a su serenidad.**

**Y es que los esposos
se juraron amor eterno
ante el altar y ante los hombres
y el engaño es para ella una traición
a la armonía del universo.
Por eso revisa la ropa del marido,
cuenta subrepticamente los bostezos
que desfiguran su rostro,
examina si en su cara
se ahondan las ojeras.**

**Muchos de los esposos
tienen una libidinosa cola
que les pisen
y gustan de recorrer,
esquizofrénicos.
las grandes galerías concupiscentes
de la doble vida.**

**Pero el consorte de Valentina
es la excepción.
Es, ay, un militante de la monogamia.
Un hombre que no conoce más mujer**

**-en la bíblica eufonía de estas letras-
que a su consorte.**

**Valentina vive un mundo dominado
por su desatada imaginación
y todo lo que ocurre tiene lugar
en el lado oscuro de su lunática
fantasía.**

Pero todo tiene un límite.

**La reproducción ampliada de la desconfianza,
la cosificación como pan nuestro
de todos los calendarios,
el recelo como norma de conducta,
producen
(en el tronar de dedos de lo abrupto
y el asombro del *de repente*
que sale de su caja de Pandora)
la huida desesperada del esposo,
quien se escapa de los cuatro brazos de ladrillo
de Valentina,
llevándose a dos manos
deliberadamente
todas las huellas de sus pies...**

**Ella se queda tomada de la mano
de su soledad.
con unos celos ya sin sentido,
creciendo en los rincones de la casa,**

**podriéndose.
Se queda sola.
Sola,
su alma
y su basura espiritual.**

MAYRA

**El condón se quedó en la bolsa
del galán,
junto a las llaves y el cortaúñas.
Los novios
(con urgencias pudorosas,
el deseo en carrera turbulenta
por la sangre
y la libido derramando su lava
por los cráteres de la excitación)
se olvidaron de los peligros,
las mordeduras de las consecuencias
y tras de dejar en el buró
las sortijas,
el reloj
y la cautela,
fueron “una sola carne”,
un beso y seguido,
un vaivén enardecido y a la busca
del pequeño absoluto del orgasmo.**

**En no sé qué lugar de lo invisible
un espermatozoide
se abrió paso a codazos
entre otros pretendientes,
llegó a la lujuriosa superficie del óvulo,**

**violó, penetrándola, su soledad
hasta dejarla encinta y fatigada.**

**Mayra empezó a tutearse con la felicidad,
a desternillarse de júbilo,
a cantar canciones de cuna
sin despegar los labios,
cuerpo adentro.**

**Y sintió el deseo irrefrenable
de enviar por grito,
paloma mensajera
o Internet
a todas sus amistades
la noticia.**

**Pero algo la conturbaba:
¿Sus padres qué dirían?
¿Aprobarían su trueque
de virginidad dolorosa,
insoportable,
por la inocencia en ruinas
del pecado?
¿Y el pecado que se extirpa
puede generar
metástasis?
¿La expulsarían de su casa
por ser
madre soltera?**

**¿Debería abortar como su amigo Herodes
-consejero de la nada-
le sugería?**

**Haciendo oídos sordos a los cantos
de las parcas impacientes,
Mayra tomó la decisión,
entre dudas y náuseas,
de dar a luz lo que se hallaba
tramando su matriz,
y al término de los nueve meses
en que una nueva criatura
tramita su existencia,
invitó a su gente más querida
para el día y la hora en que el oxígeno
acunara a su criatura.**

**Al interior del cuarto
se consumaron los últimos arreglos
del portento. Y mientras Mayra
sufría los dolores del parto
y aullaba como loba hacia la luna,
vivió, gozosa, la inminencia del milagro
y, rodeada de los ojos de todos sus amigos,
sintió salir de su entrepierna
(aún con manchas de sangre)
la cabecita, el cuerpo y el chillido
del más pequeño,**

**conmover y frágil
de sus poemas.**